

IRIS



NUM. 71

BARCELONA, 15 SEPTIEMBRE 1900

35 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid

COSAS DE LA CHINA

Nada más divertido, dejando aparte lo trágico de las matanzas de misioneros y negociantes y las dolorosas pérdidas experimentadas en los combates, que la comedia representada por las grandes potencias europeas, tratándose de engañar mutuamente.

Rusia se va engullendo tranquilamente la Mandchuria, y a su vez Inglaterra ha echado el diente en Changai, el mejor puerto de la China, como si dijéramos el Tánger del Celeste Imperio, y a ver quien se lo hace ya saltar. Rusia, tratando de intentarlo, invita a los internacionales

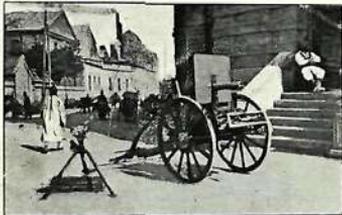


CHINOS DE CANTON ESCUCHANDO A UN «DIABLO EXTRANJERO».

hostias con su alianza con Rusia, ha de seguir forzosamente a ésta, y por lo tanto resignarse a que sus tropas estén bajo el mando de Waldersee y a que Alemania se haga la parte del león, que no para otra cosa envía a China 50,000 hombres. Esos compadres, pues, piensan que se van a engañar unos a otros como si fueran también chinos. Esta guerra, — a pesar de no haber sido declarada, — ha dado ocasión a que los periódicos chorreen erudición sínica,

ya, y el emperador de la China, que antes servía de término de comparación para significar el máximo de lo indiferente ha pasado a ser un personaje intersantísimo.

M. RODRÍGUEZ CASABLANCA



DOS CAÑONES MAXIM, PARA EL SITIO DE TIEN-TSIN

marcharse todos del país de los mantones, y el leopardo responde: — ¡Te veal Y claro está no se marcha. Francia, que ha hecho un pan como unas



BARCO-HOSPITAL



UNA EJECUCIÓN CHINA

LO SUBlime

Vefasele, siempre que iba por la calle, con la cabeza baja, andando á compás, absorto en las sonatas que silbaba con su boca, y que eran de su propia inventiva.

Era un muchacho como de veinticinco años, no mal mozo, de frente despejada, de complexión fuerte. Llamábase Juan Antonio Láudos.

Era ciego y pobre, y vivía en compañía de su madre, único pariente que tenía en el mundo.

Me le presentaron como una notabilidad musical de aquel pueblo. Yo quise estudiarlo de cerca, y así lo hice.

Era organista de la parroquia; y, en efecto, sin ningún conocimiento técnico del arte que profesaba sabía arrancar, al viejo teclado del órgano de la iglesia, armonías y primores, que no eran de esperar

en quien, como él, ignoraba los más elementales rudimentos de la música.

Indudablemente, Juan Antonio era una organización artística superior. La falta de enseñanza era suplida, en esta ocasión, por el sentimiento.

Lo noté así cuando frecuenté su trato. Ardía en aquel cuerpo, privado de uno de sus principales sentidos, la lámpara de las más vivas emociones de lo bello.

Solía yo seguirle, ó acompañarle, algunas veces. Cuando le acompañaba, hablándole de música, se embelesaba escuchando mi conversación.

No era aquel embeleso fingido. Pero, por si en aquellos entusiasmos había más de consideración á mi persona que de sincera admiración hacia el divino arte, yo prefería, á acompañarle, seguirle de lejos, sin que él advirtiera mi presencia.

Hicelo así una tarde. Marchaba el ciego por el campo, silbando, como siempre, sus improvisadas é interminables armonías.

Recorriamos ambos, á larga distancia uno de otro, él delante y yo detrás, una senda que conducía á un bosque de álamos. Pronto se internó en él Juan Antonio. Apresuré yo el paso, para no perderlo de vista. Y entrando también en el bosque, sin hacer ningún ruido, me acerqué al ciego, el cual se había detenido bajo un frondosísimo árbol.

Dábanele al músico en la cara los últimos rayos del sol poniente, cuya luz anaranjada se filtraba al través del ramaje. Tenía el artista alzada la cabeza, sonrientes los labios, en una beatitud olímpica todo su rostro.

Y aquella faz, sin ojos, bañada de claridad dorada, tenía gran parecido á una faz estatuaría.



—¿Qué le causará tanto gozo?—pensé.

¿La causa? Era un ruiseñor que cantaba. El tenor de los bosques parecía esmerarse en su canto. De su *vibradora garganta salían sin cesar gorgoros y trinos, armonías maravillosas, notas hebriceras, de un timbre no producido jamás por instrumento alguno.*

Y el ciego le escuchaba, le escuchaba electrizado. Y hacía más; para excitar al pájaro, remedaba su canto con un silbido especial, al cual contestaba el ruiseñor, cada vez con más brío y más melodía.

Al fin, bajó Juan Antonio la cabeza, y empezó á retirarse. Se acercaba la noche. Me dí entonces á conocer. Nos saludamos. Le miré de cerca. En las cuencas de sus ojos había lágrimas.

—¿Has llorado?—le pregunté.

—¿Para qué ocultarlo?—repuso él.—Sí, señor; he llorado, oyendo cantar á ese pájaro. ¡Es divino! ¡Quién pudiera imitarle! Todas las tardes hago lo mismo. Vengo á este sitio. Le silbo. Me responde. Y así pasamos largo rato. Nos conocemos; es mi único amigo. Más aun; es mi hermano.

Deseché toda duda acerca de la sinceridad del sentimiento musical del ciego. Entonces me propuse colmar de delicia aquella alma sencilla y pura.

Transcurrieron varios días.

Sabido es que por el verano suelen recorrer los pueblos de las provincias meridionales esos pobres vagabundos, ya italianos, ya húngaros, que, con el arpa al brazo van ganándose el pan por calles y plazas, á manera de los antiguos trovadores.

Acertó, pues, á pasar por aquel pueblo uno de esos artistas ambulantes; yo me apresuré á llamarlo, y organizando con él un concierto en mi casa, invité á Juan Antonio para que viniera á escucharlo.

¡Qué noche pasó tan dichosa! Desde los primeros compases del arpista, el ciego se sentó á su lado, y como si le hubieran clavado en el asiento, ya no se movió de allí en toda la velada. Cada belleza musical despertaba en él un éxtasis indefinible.

En los momentos en que el arpista suspendía su ejecución, al final de cada pieza, el ciego palpaba con amor el arpa, en la que encontraba todo admirable.

—¿Qué te parece todo esto, Juan Antonio?—le preguntaba yo.

—¡Sublime!—respondía con una sonrisa beatífica.—¡Sublime! ¡Sublime!

Determiné abrir mayor campo á su éxtasis, y lo llevé á la capital de la provincia, con ocasión de celebrarse en uno de sus teatros un concierto, ejecutado por afamados artistas. La audición de aquel concierto produjo en el ciego el efecto de un rayo. Le dejó estupefacto, anonadado. Estuvo durante él embelesadísimo, profundamente agitado, grave en extremo.

En su espíritu se había operado una revolución tremenda. No pronunciaba palabra, ni hacía ningún movimiento. Parecía un hombre de piedra.

—¿Qué tal, Juan Antonio? ¿Qué tal?—le pregunté reiteradas veces, sin obtener respuesta.

Sólo, cuando volvimos al pueblo, murmuró esta frase:

—¡Me ha matado usted!

Y, en efecto, ya no se le volvió á ver yendo por las calles, silbando con la boca aquellas sonatas improvisadas, con que él recreaba su alma ingénuo, creyéndolas tal vez entonces, antes de oír verdadera música, una maravilla.

Tampoco tornó á escuchar al ruiseñor del bosque. Se encerró en su casa, y se entregó á meditaciones inacabables. A los dos meses, se le extravió la razón, y, poco despues, sucumbía. Lo sublime le había dado la muerte.



(Dibujos de A. Morrió Jordá)

SOTERO VARELA

PORTUGAL: LAS VENDIMIAS EN EL DUERO



La fama de que gozan los vinos de Oporto es la mejor prueba de la excelencia de los viñedos en que abunda las antiguas provincias de Traz-os-Montes y la Beira, separadas por aquel caudaloso río. El paisaje es en ellas variadísimo entre el litoral y el interior, y puede que en ninguna otra región lusitana se vean tipos de tan varonil belleza como allí, descollando el campesino, muy semejante al capataz mejicano, al peón de la Argentina ó al ganadero de Salamanca.

La vendimia ofrece caracteres particulares, no tan sólo por el traje de las vendimiadoras sino también por el tráfico rodado, en el que predominan las carretas tiradas por bueyes de desafortadas *armas* (pitones), uncidos al vehículo con yugos de madera que figurarian dignamente en un museo por sus preciosos calados y tracerías de dibujo oriental, árabe ó bizantino. Es esta una particularidad única.

Las vendimiadoras del Duero semejan verdaderamente canóforas griegas, bellas romanas ó tipos egipcios, y aun quizá más esto último, en razón al traje y á la silueta de las formas. Las mujeres del Norte son tenidas como unas de las más hermosas.

R. ALCAZAR



Fot. de Pereira da Costa.

TARDE DE VERANO



Ayuntamiento de Madrid

s
f
c
s
c
l
m
P
n
e
b
r
n
d
n
d
e
b
s
P

fu
v
ce
ti
pe
ta
ún
su
es
ha
el
in
m
ge
se
le
do

da
en
ge
es

ce
tre
pe
de
led
rei
de
rig
sac
y e
est
cu
Pa
má

El león es el símbolo de la fuerza unida con la generosidad, y aunque lo segundo puede ser discutible no admito duda lo primero. Además, podría decirse que el símbolo de la voracidad, y con mucha razón lo decía Eugenio Delacroix diciendo que es una mandíbula montada sobre cuatro patas.

Signo de su fuerza es que va solo. No necesita ser colectivista para imponerse; le basta su persona, única, ó la de su leona; y por eso se podría hacer del león el emblema del individualismo. Las hormigas necesitan ser muchas; el león no necesita de nadie.

Su generosidad no es constante, pero no deja de manifestarse en ocasiones; en eso se parecen muchos bipedos generosos al león. Diríase que tan preclara virtud es cuestión de estómago.

Esta interesante fiera, del orden de los *Carnívoros*, ha sido adoptada por algunas naciones, entre ellas España, para simbolizar su carácter. No permitiremos protestar, sin embargo, con el autor de *La Pizarra Justina* de semejante alegoría. El león español hace referencia, claro está, al antiguo reino de León, pero este León no viene de Leo sino de Legio, legión. En la Edad Media no se era muy riguroso en punto á etimologías. De Aragón se sacó *Dragón*, y de ahí el patronato de San Jorge y el casaco de D. Jaime I el Conquistador, si bien este ilustre monarca no usó jamás semejante trasto, cuya gloria corresponde, dicen, á *En Pere del Punyuet*, célebre por sus cosas de la cabeza, además de los yelmos y capacetes.



EL REY DE LAS SELVAS!

Como bello, es preciso reconocer que el león lo es en gran manera. Balzac no hubiera perdido nada en sustituir á su pantera de *Una pasión en el desierto* por una leona.

La humanidad reconoce de buen grado que el león es digno de ser imitado en muchas cosas; las comparaciones con el león son siempre lisonjeras, excepto en materia de contratos, y aun de eso tiene la culpa aquel fabulero de Fedro con su *Quia nominor leo*. Hoy se quedan con las nueve décimas de lo afanado, no los leones, sino las águilas, los osos, los leopardos y demás alimañas, de los blasones

nacionales. Se le llamó *Ricardo Corazón de León* á aquel rey de Inglaterra, por ser, en efecto, valeroso como ninguno, noble y honrado. Cuando se quiere ponderar la laboriosidad de alguien se dice de él «que es un león para el trabajo»; adviértase, sin embargo, que hay también quien es león... para la holganza.

No ha sido costumbre en los monarcas llevar como nombre de pila el de *León*, sin duda por modestia; pero los Papas se han honrado con él hasta el número de 13. Las mujeres se han abstenido también, y hay pocas *Leonas* nominales.

Uno de los ejemplares más apreciable para el bello sexo son los *leones enamorados*. En cambio una de las cosas más ridiculas son los *leones desecados*.

Finalmente, nadie negará que una de las habi-taciones más útiles en una casa es la *leonera*.

JULIO L. CARRION



F. Gómez



Se hallaba un médico enfermo,
y á otro médico llamó,
y un doctor á otro doctor.

Eran los dos afamados
y eran rivales los dos,
que en llenar el cementerio
se hacían la oposición.

Junto al lecho del paciente
su compañero llegó,
reconociendo los síntomas
de aquella grave afección.
Tenía un carrillo hinchado
con encendido color
y dijo de fiebre, causada
por aquella inflamación.

—Ya ve usted, dijo el enfermo,
esto es más claro que el sol:
un ramo de erisipela;
de ella mi madre murió,
y este dato hereditario
fortalece mi opinión.

—Se engaña usted,—dijo el otro,
padece usted un error.

—¿Y qué enfermedad es ésta?

—Digo que esto es un fleumón.

—¿Un fleumón? ¡Qué disparate!

¡Si no me causa dolor!

—Yo le digo á usted que sí.

—Yo le digo á usted que no.

—Usted es un mentecato.

—Y usted es un impostor.

—Usted no sabe una jota.

—Y usted aún menos que yo.

De este modo fué subiendo
de punto la discusión,

hasta que el sano al enfermo
le dió un puñetazo atroz

en la parte del carrillo
que acusaba la afección.

En aquel punto, el doliente
varias veces escupió,

y examinando el esputo,
dijo al otro: —Sí, señor;

ya veo que me he engañado:
lo que tengo es un fleumón.

—Se lo he reventado á usted.

—Muy agradecido estoy.

Cuando usted padezca alguno,
llámeme usted.

—¡Ay, doctor!

respondió el otro colega
con muy afigida voz.

Yo tengo suegra... y mi suegra

ya me hará la operación.

RAFAEL TORROMÉ

A LA EXPOSICION



Vamos á ver si ya que dicen que los extranjeros tienen gustos tan extravagantes, puedo casar á la niña con un mosá.

A adorar á las francesas
y á reñir con los franceses.



A darse cuatro patitas con alegría, cantarse unas coplillas con sentimiento, y que vean la gente de *extranjis*, que podemos ponernos á la cabeza de la civilización ¡chpen!

Para ver de cerca las *cocottes*, conocer de vista al *President de la republique* y comprar un impermeable de cuadros y con esclavina, que es lo dñico que me falta para ser un prodigio de elegancia.

LA VENDIMIA



Ya ha llegado el otoño. Ya los frutos, madurados por los ardores del estío, penden de los tallos, próximos á caerse. Apresuraos labradores; no dejéis que el frío invierno, con sus vendabales y sus hielos, malogre todas vuestras esperanzas. No es un sueño, no. Las promesas de las flores primaverales se han convertido en realidades óptimas. La naturaleza no os ha mentido. Podéis alargar la mano sobre la vid, que allí os aguarda, con ansia de luz, la dorada uva.

Allá van las mujeres, recogidas las faldas, á guisa de pantalones, y, circundando, en alegre y afanoso corro, cada sarmiento, *ordeñan* las verdes y ensortijadas plantas, depositando en anchas cestas el jugoso grano. Ayúdanlas en tan regocijada y benéfica faena varios chiquillos. Y unas y otros, desde el amanecer hasta el anochecer, desde que el sol aparece por el horizonte como una sonrisa de virgen hasta que se oculta como el parpadeo de un moribundo, recortan racimos y racimos, é hinchan con ellos las cestas, desde donde se desbordan entre el dulce fruto los colgantes pámpanos.

Zumban encima del ejército de trabajadores las últimas abejas del año, que con tenacidad molesta á veces, y á veces cómica, parecen disputar la presa á los vendimiadores. De cuando en cuando, en medio de un silencio de los gritos y carcajadas, con que sobrellevan la pesada carga del trabajo, se alza en un extremo de la viña la voz de un cantador, á la que responde en otro lado la de una cantadora, y la melancólica armonía de los cantantes populares va á perderse en la dilatada soledad de los campos.

A medida que van estando repletas las cestas, son trasladadas al lugar inmediato. Allí se espurgan de la hojarasca las uvas, y el delicioso mosto es echado en el pisadero, para que varios hombres descalzos de pie y pierna pisoteen, aplasten y estrujen el fruto de la vid, cuyo licor corre por arroyuelos hasta las tinajas, donde habrá de fermentar el vino.

¡Qué hermosa es la vendimia! Entre las diversas faenas del campo, con ser todas ellas alegres y bulliciosas, la vendimia es la más bulliciosa y alegre. Es una verdadera fiesta de la alegría. Mucho contribuye, sin duda, á darle este carácter regocijadísimo la época en que se lleva á cabo.

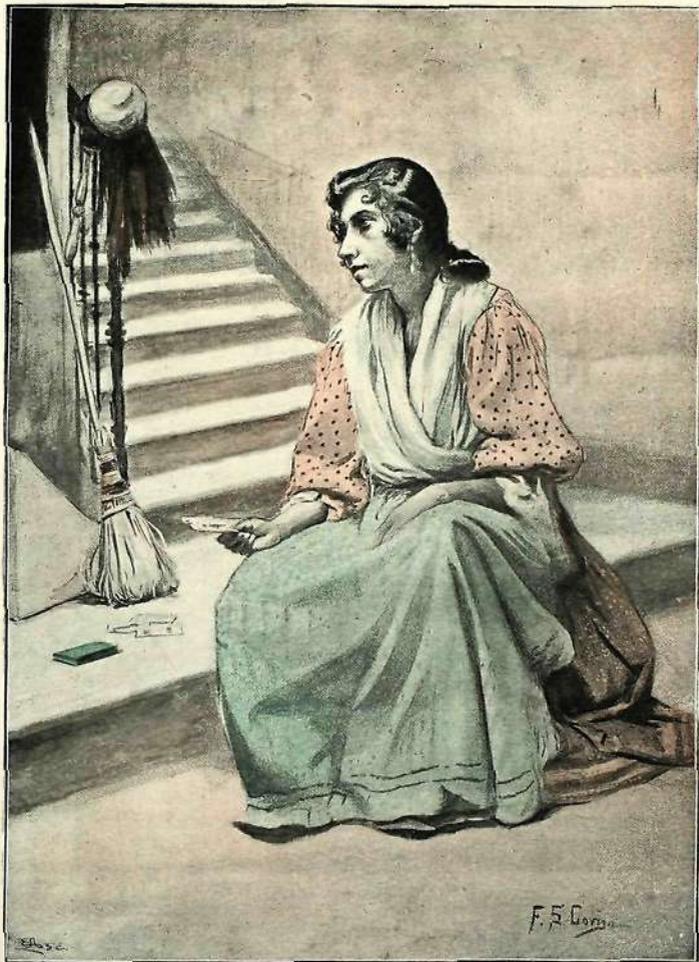
No tienen que sufrir los vendimiadores, ni los excesivos rayos de un sol de agosto, como los segadores, ni las entumecedoras brisas de noviembre, como los aceituneros.

Y también contribuye ciertamente á prestarle animación el mismo fin de ella. La uva es vino, y el vino es alegría.

La borrachera empieza en los vendimiadores.

Si, seguid trabajando alegremente, recolectores de mosto. Cantad y reid. ¿No véis cómo desciende el dios Baco, por aquel valle, acompañado de su corte de desenfrenadas bacantes? Mirad bien, porque este dios no ha muerto todavía, pues afortunadamente para el triste mortal aun hay vino, y con el vino, alegría.

EMILIO RIVAS



LA ECHADORA DE CARTAS

Ayuntamiento de Madrid

Ciclismo

¡Ya! Pero como no hay regla sin excepción, debo confesar que yo soy de los que toman lecciones de lo ajeno, con lo cual suelo evitarme algunos disgustos de mayor ó menor cuantía. Yo hubiera sido entusiasta por la bicicleta y en general por todos los placeres del *sport* si las desgracias del prójimo no me hubieran hecho mirarlos con prevención, y huir de las consecuencias como el gato escaldado del agua fría. No hace muchos días vimos entrar á un compañero de oficina con un setenta y cinco por ciento menos de la nariz que solía usar á diario.

—¿Y la nariz?—le preguntamos á coro con el interés propio de *almas tan sensibles como lo son las de los oficialistas* que no pertenecemos á la curia.

—No he podido encontrarla;—nos respondió con cierta naturalidad.

—¿Pero se le ha perdido á usted?

—Yo creo que debió quedar incrustada en el tronco de aquel maldito árbol cuando arremetí contra él.

—¡Cómo! ¿Se ha peleado usted con un árbol?

—No señores; diré á ustedes lo ocurrido. Venía yo del Pardo ayer con la máquina, porque como era domingo tenía necesidad de encontrarme á la una en punto en casa de mi tía, donde estaba invitado á comer.

Dicen que nadie escarmentaba en cabeza ajena. Pero hay que considerar que si no fuera así, no habria quien se casara, ni quien viajara en ferrocarril, ni existiría el patriotismo, ni habria diputados en la minoría. Es necesario que de los escarmentados salgan los avisados para adquirir alguna experiencia, que por algo cuesta tan cara siendo tan amarga. Y si no, vamos á ver: ¿A quién puede extrañarle que á fulano le causen espanto los fuegos artificiales? A nadie que sepa que un cohete le dejó tuerto. Teóricamente los consejos de la experiencia suelen ser á la juventud lo que la «Correspondencia de Pekín» á los lectores de buen gusto; que se duermen como unos benditos sin haberse enterado de una palabra. Para prevenir un mal cualquiera es indispensable haber sufrido sus consecuencias, ó lo que es lo mismo, conocerlo prácticamente.

Yo se de una criada de servicio que cuando va buscando acomodo (lo que hace con bastante frecuencia por que la chica es variable de suyo), lo primero que pregunta es si hay algún loro en la casa.

—¿Loro? No señora; lo único que tenemos es una cotorra;—le respondieron en cierta ocasión.

—Entonces no me quedo.

—¿Porqué?

—Por que un loro fué la causa de mi perdición primera.

Y era verdad: un día se perdió con el señorito, y cuando la señorita entró en la cocina llamando á la fregatriz el loro charlatan denunció la pérdida de la *Menegilda* que fué encontrada en los brazos del infiel esposo.

De aquí su horror á los loros.

—Tranquilícese usted; la cotorra á que me refiero es mi suegra;—objetó el demandado mirando con cierto recelo hacia una puerta cercana como si tras ella se ocultara algo terrible.

Eran las doce y tenía que vestirme, por que como ustedes comprenderán no iba á sentarme á la mesa de gorra...

—¡Hombre! Habiendolo invitado su tía...

—Quiero decir que como llevaba gorra y jersey... vamos, que iba vestido de ciclista.

—¡Ya!

—Es claro; y como era tarde, y no podían comer sin mí... Figúrense ustedes que si yo faltaba...

—Sí señor; nos lo figuramos.

—Pues cuando más corría yo por una pendiente, al volver un recodo se me presentan tres personas á caballo; toco la bocina, no hacen caso, inclino la máquina hacia la cuneta del camino... y yo no se como fué, que un domingo antes de comer, perdí el equitibrio, y ¡cataplán! dí con mi cuerpo contra un chaparrero y caí sobre uno de los montones de piedras que hay al lado de la cuneta.

—¿Y no nos ha traído usted bellotas?

—Para bellotas estaba yo. Como iba diciendo sentí un dolor agudísimo en la nariz, y cuando fui á tentarme había desaparecido.

—¡Qué lástima!.. ¿Y no llegó usted á encontrarla?

—No señores: por lo que infiero que ha debido quedar incrustada en la corteza.

—Es una verdadera desgracia; por que cuando tenía la nariz completa estaba usted muy bien.

Después hemos sabido que á nuestro ciclista le ha rechazado la novia como si se tratara de una pecaía falsa. Porque es lo que dice la muchacha y con razón. «Cuando se declaró á mí tenía toda la nariz, y yo tengo horror á los chatos».

¿Creen ustedes que el chico ha escarmentado? Ni por pienso.

Ni escribiendo deja de mover las piernas como si estuviera dándole lo los pedales, por cuyo motivo administra sendos pisotones al desgraciado compañero que en la misma mesa se sienta frente á él. Este señor que se llama D. Eduardo padece horriblemente de los callos, al extremo de que sus pies son el mejor almanaque por la fidelidad y exactitud con que le anuncian el mal tiempo. Los pisotones de Antoñito, tan ajenos al agrado del buen señor el más respetable por su antigüedad en el mundo y en la casa originan los siguientes diálogos como el siguiente poco más ó menos.

—¡Ay!...

—Dispense usted D. Eduardo.

—¿Qué quiere usted que dispense? ¿El dolor? No puedo.

—Lo comprendo perfectamente D. Eduardo. No sabe usted lo que duele eso.

—¿Cómo que no lo sé! ¿Entonces quien lo sabe? ¡Canario! ¡Usted se burla de mí, y de mi no se burla nadie.

—Usted perdone, pero no acostumbro á burlarme de ningún anciano.

Esta palabra produce un efecto terrible y todos tenemos que intervenir para evitar un día de luto á dos familias honradas aunque pobres.

—Cálmese usted D. Eduardo. Antoñito es incapaz de ofenderle; ¡Caramba que genio más *sú-pi-to* tiene usted! ¡Como se pone por cualquier cosa!

—¿Por cualquier cosa? ¡Lo menos se figuran ustedes que yo soy algún Matusalen!

En esto sobreviene el jefe, el que informado del motivo de la disputa, reprende benévolutamente al joven ciclista diciéndole:

—Vamos Antoñito deje usted quietos los pies y no moleste á D. Eduardo.

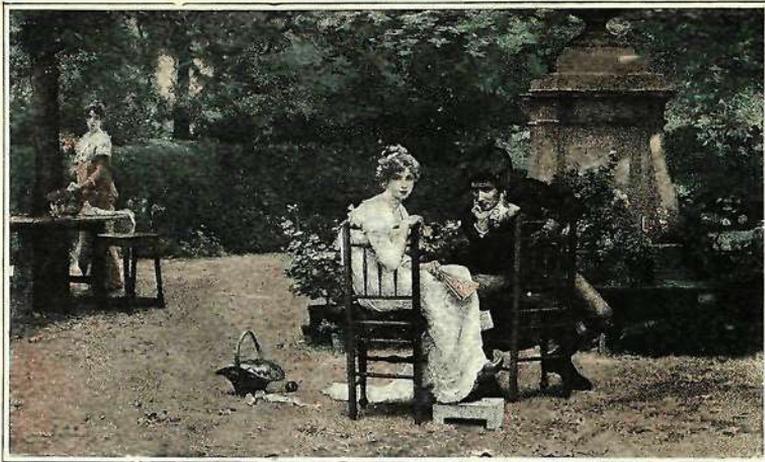
—Pero si yo...

—No hay pero que valga; lo que usted debe tener presente para evitar que estas escenas se repitan es que D. Eduardo puede ser su abuelo.

El rostro del aludido adquiere los colores del tornasol y Antonio que se ha parapeado detrás de un estante piensa a unen su bicicleta.

Manuel MILLÁN





EL ARTE MODERNO

LABOR INTERRUPTIDA

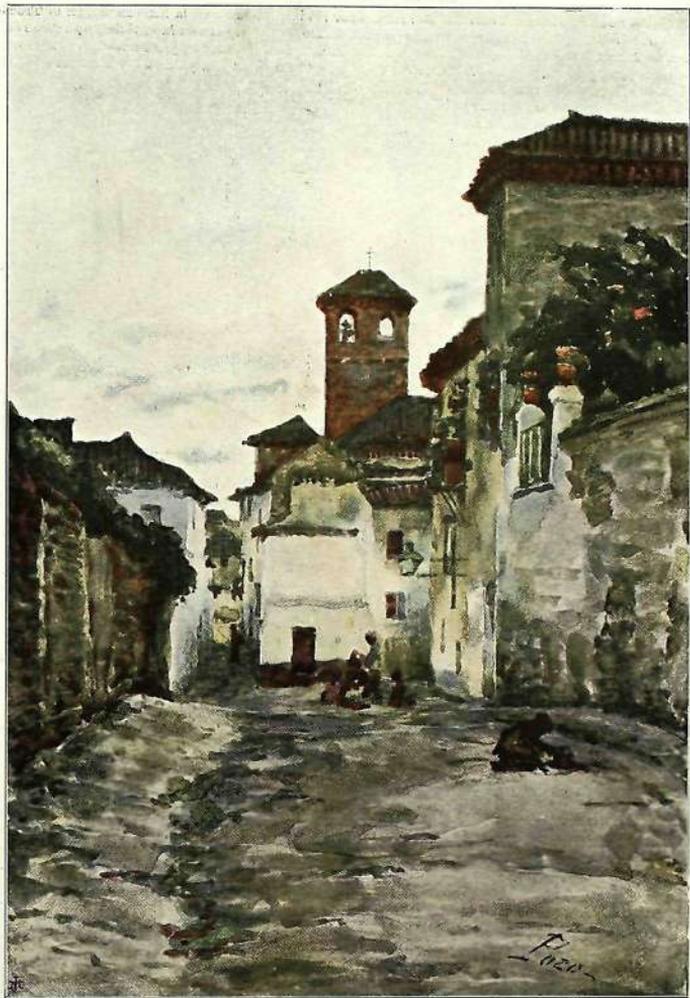
Al abandonar el estudiante el templo de Mierva para pasar las vacaciones en su casa sabía que no había de aburrirse todo el tiempo que durase el veraneo; tenía el recurso de la novia, para matar las largas horas de la mañana y de la tarde; y aun habían de parecerle cortas.

El amor de la novia, la que se ha dejado en el pueblo, es muy otro de los amorios de la capital universitaria. Con frecuencia es aquí trasteado el estudiante por la Dulcinea en quien ha puesto sus atrevidos pensamientos, mientras que en el pueblo el trasteador es él. Amores tempestuosos, pecaminosos con frecuencia, son los de la ciudad; plácidos, honestos los del campo. Nuestro estudiante, como se revela perfectamente en la preciosa escena representada por el artista, volvía de la Universidad hecho un Tenorio, perdida la sencillez é ingenuidad primeras, y con aires de conquistador irresistible. El baño de desentado, suficiencia y presunción adquirido en la vida de ciudad hacían que se creyera un gavilán á cuyas garras no escaparía la cándida paloma, pero se equivocaba grandemente. La muchacha se reía de sus gracias; le escuchaba con gusto, y aun en obsequio suyo interrumpía su labor, pero de ahí no pasaba. Eran así dos almas que no se entendían; era el choque de dos seres animados por sentimientos absolutamente contrapuestos; ella era *clásica*; él no podía ser romántico, por no haberlos aun en aquel tiempo, pero á buen seguro que era *vulteriano*, es decir, como una especie de revolucionario.

Agréguese á esto que las mujeres, incluso las doncellitas, no tenían pelo de tontas, en la época á que nos referimos. Habían desaparecido las ceremoniosas damas del siglo XVII, con todo su cortésan empaque y sus majestuosos arreos, y ocupaban la escena las espirituales heroínas de los *cuentistas* franceses ó las gallardas hembras de D. Ramón de la Cruz y las taimadas damiselas de Moratín. El trato social no era tan aburrido como podría suponerse, y las jóvenes.—que todavía no habían degenerado zoológicamente en *pollas*.—sabían hablar con gran discreción. No lo llenaba todo, ni de mucho Fray Gerundio, y la Universidad de Salamanca, actual foco de oscurantismo, en su conjunto, era el peligroso centro de las más atrevidas especulaciones filosóficas y políticas, había allí unos *catedráticos*, y por de contado unos discípulos, que en nada cedían á los franceses en punto á libertad del pensamiento.

A buen seguro que ese estudiante debía pertenecer á la clase susodicha, y que la niña, educada en los severos principios de *nuestros mayores* debía escucharle con la natural prevención, si es que tenía el mal gusto de hablarle de los *derechos del hombre* y del *contrato social*; porque siempre se ha visto que las mujeres pecan de conservadoras, en cuanto no atañe á los trastos y perifollos. El, con sus adelantos, sus atrevimientos y su pico de oro; ella con sus *ideas* atrasadas, su modestia y su silencio, son dos elementos en pugna, y todo indica que el segundo vencerá al primero hasta arrastrarle... á la Vicaría.

DELIO DEL VALLE



UN RINCÓN TRANQUILO (Acuarela de Pezo)

Ayuntamiento de Madrid

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL

Juzgando de la importancia colonial de Francia por las instalaciones de la Exposición, en el Trocadero, podría creerse que es, en efecto, una gran nación colonizadora, pero en la realidad no sucede así, y fuera de Túnez, por especialísimas circunstancias, en las demás colonias, protectorados, etc., lo que hace es escupir, mientras los otros fuman. Pero no es cuestión nuestra esa, y allá se dé Francia aires de otra Inglaterra en punto á explotar sus posesiones extra continentales. Los pabellones de la Exposición son bonitos, curiosos, interesantes, y esto basta para el presente caso.

El pabellón del Senegal es de estilo sudanés y en él se hallan expuestas las producciones de aquella colonia, cuya organización llevó á cabo el general Faidherbe, más conocido que como africanista por su calidad de general en jefe de uno de los ejércitos improvisados por Gambetta durante su dictadura. En este pabellón se ven, pues, productos agrícolas, especialmente la famosa nuez de kola, telas, armas, etc.

El Tonkin, conquista hecha por Julio Ferry á instigación de Bismarck, que le indujo á ello probablemente con la santa intención de que se rompiera la crisma, y en efecto, costó mucha sangre y hubo que deplorar crueles reverses, el Tonkin, decíamos, está representado por la exacta y minuciosa reproducción de la pagoda de Tiao Lun. El Dahomey, conquista del brigadier Dodds, ocupa una sala inmensa en la que se hallan expuestas numerosas colecciones, cartas geográficas, etc. El decorado es dahomeyano, estilo que no es precisamente un dechado de buen gusto.



PABELLON DEL DAHOMEY

Hay que guardarse de una espaciosa sala inmediata á la principal porque no falta nunca en ella algún *quidam* dispuesto á dar la gran lata, bautizada con el nombre de conferencia. Es preferible pasear en piraña por el lago microscópico anejo al pabellón, ó ver como los dahomeyanos lucen sus habilidades en el líquido elemento. Hay además en ese pabellón un museo feticista, riquísimo. Pocos pueblos son tan idólatras de todo como el de Dahomey.

Por lo demás, Francia no es colonizadora, aunque posea muchas colonias, y los franceses



AVENIDA CENTRAL DE LA ESPLANADA DE LOS INVALIDOS

no han nacido para colonizar nada. Madagascar es explotada por los ingleses, el Tonkin por ingleses y alemanes, Argelia por españoles ó italianos y por más que se empeñen el universitario Julio Le-maitre y otros literatos, las colonias no atraerán á los hijos de San Luis, ni les darán á éstos más que algún mal rato y muchos gastos. Además, no hay en Francia población sobrante, sino todo lo contrario; no se da allí el caso que en Inglaterra, Bélgica y Alemania; ni tampoco son tan duras las condiciones de la existencia como en Suecia y Noruega; son las suyas unas colonias de lujo, que dan ocasión á

que haya un ministerio especial y á que peroren una porción de sabios y conferenciantes por el estilo de D. Gonzalo Reparaz. No es menester decir que nosotros no podemos exponer nada de nuestras colonias, perdidas precisamente en París mismo, pero nos cabe la satisfacción de haber sido los que más hemos divertido á los que han acudido al Gran Certámen para echar una cana al aire.



FÓRTECO DEL GRAN PALACIO EN LA AVENIDA DE NICOLÁS II

Marigny la ingeniosa pantomima intitulada *La Ferie de Seville*, en la cual alcanza la insigne artista gallega señorita Otero unos éxitos archifenomenales. Verdad es que el caso no es para menos.

La escena representa el exterior de la plaza de toros de Sevilla: un D. José y un Escamillo hembras se disputan el amor de una Cármen macho; éste prefiere á la Otero, y entonces la otra va, y le mata, con la navaja que lleva en la liga. Ya se comprenderá que un argumento tan dramático impresiona profundamente y hace formar una elevada idea de las españolas de la *Ferie de Seville*. Esos brillantes triunfos músico coreográficos nos resacra con creces del papel de estraza que estamos haciendo en todo lo demás, además de lo cual son muy celebrados también los *vols á la espagnole*, ó sean nuestros populares *entierros*, y á buen seguro que los extranjeros habrán de apresurarse á



PALACIO DEL TONKIN

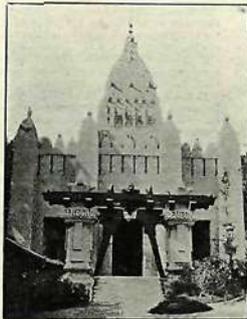
imitar esta última institución en vista de los excelentes resultados que produce. Sea como fuese, los españoles vamos siendo en París los héroes de la risa, la algarazra y la gresca, dejándoles con un palmo de narices á italianos, yankees, alemanes, portugueses, búlgaros y hasta monegascos, que han tenido grandes premios en los principales grupos, al revés de nosotros.

Los palacios de la Esplanada de los Inválidos son en su mayoría preciosos, por más que las fachadas no luzcan lo que deben por culpa de la estrechez de la Avenida central, la cual sólo tiene 25 metros de anchura debiendo tener el doble.

A la derecha se hallan los palacios de las Industrias Diversas y Mobiliarios extranjeros, y en la otra acerca los de Francia, representada por sus antiguas provincias.

Llévanse la palma los Estados Unidos é Italia en maquinaria, Alemania en electricidad y Francia en el arte industrial. España está muy mal representada, á pesar de tantos duques y marqueses como mangonean en la *Comisión*. Los extranjeros van á creer que aquí no podemos exportar más que músicos y danzantes, juglares y cantadores; que este es el país *des castagnettes*, y que brillan por su ausencia nuestra intrucción y nuestra formalidad.

CARLOS MENDOZA



EL PABELLÓN DEL SENEGAL

PEPITORIA

FILATELIA

Entre los innumerables Congresos celebrados en París aprovechando la apertura de la Exposición debe contarse como uno de los más notables el de *Timbrología*, ó sea, de sellos, cuyas sesiones se han celebrado en el local de la Sociedad de Horticultura.

Los Congresistas han enviado para la *Exposición Timbrologica* algo de sus tesoros, de manera que el valor de lo que allí figura pasa de dos millones de francos, estando asegurado por un millón y medio. No faltan como es de suponer los dos famosos sellos azules de Isla Mauricio, de 1847, evaluados en 26,000 ó 34,000 francos cada uno.

Como es sabido, el uso de los sellos postales data de 1840, en que los puso en circulación Inglaterra; en España no se emplearon, sin embargo, hasta 1849 ó 1850.

Las colecciones más valiosas existentes hoy son las de M. La Renotière-Ferrary, que vale 7 millones; Vickers Painter, de Nueva York, evaluada en 6 millones; barón Rothschild, Príncipe de Gales, Tapling (legada al *British Museum*), Dvuren, el Czar, el Emperador Guillermo, la Reina Guillermina, el duque de Connaught, etc. En la colección La Renotière figura el sello de 1 céntimo de la Guayana francesa, azul, de valor inestimable, por ser único.

Hay sellos de la Guayana inglesa que se pagan á 20,000 francos: de Hawái á 18,000; de Moldavia á 7,500, etcétera.

Ha fallecido en Córdoba el señor D. Rafael Blanco Criado, padre de nuestro estimado amigo el Sr. Blanco-Belmonte, redactor de *El Español* y colaborador de *IRIS* (c. e. p. d.). El Sr. Blanco era un modelo de hombres honrados y caritativos, habiendo prestado en el transcurso de su existencia grandes servicios á su país y enjugado muchas lágrimas.

Enviámos al Sr. Blanco Belmonte y á su distinguida familia la expresión de nuestro más sentido pésame.

Uno de Niederbarnim nos dice que se reía de los callos, pues tenía probado el **LADIVONISM**.

CURIOSIDADES GEOGRÁFICAS
En el departamento del Ariege, Francia, hay un pueblo llamado

Problema de ajedrez núm. 34

POR C. M.
Negras



Blancas

Las blancas juegan, y dan mate en 3 jugadas

Escaldieu, en el cual se conservan los restos de un monasterio del Cister, uno de cuyos monjes pasó á España á fundar la *Orden de Calatrava*, que dependía de dicha casa, y en la provincia de Tarragona hay otro ex monasterio que se llama de *Scala Dei*.

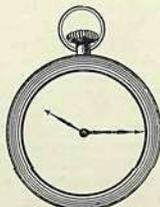
En el departamento del Gers hay, á su vez, un pueblo llamado *Escornebeuf*, y en la provincia de Tarragona el ex monasterio de *Escornalbou* cuyo nombre toma el pueblo de Vilanova.

Son analogías que no deben de ser casuales y pueden servir de estudio á los que no tengan que ocuparse en cosas de mayor urgencia.

LA HISTORIA

Si con lápiz la historia se escribiese fuera mucho mejor; pues con facilidad se borraría, lo escrito por la envidia ó la pasión.

JOSÉ CARLOS BRUNA



—¿Qué hora llevas?— preguntaba ayer á un amigo; y mostrándome la esfera de su reloj que era igual á la

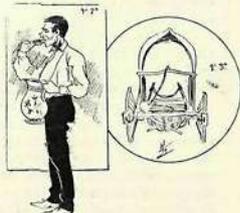
del dibujo adjunto: —Las diez y cuarto,—dije yo. Y sin hablar una palabra me convencí de que no habian falta los números en la esfera para saber que hora es.

TARJETA

D.^a Maria Llado Felice

Formar con estas letras, debidamente combinadas, el título de una preciosa comedia en tres actos.

CHARADA



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Charada.—Cariño.
Fraser hecha.—Comulgar con ruedas de molino.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

S. R.—Tijela.—Los *Canstares* están bien, pero tardarán en publicarse por estar esperando turno algunos centenares de iguales composiciones.

M. R.—Bilbao.—Igualmente he de decirle á usted, agradeciéndole sus bondadosas frases. *Pepito Rio*.—Aprovecharé algo abreviándolo. F. R. C.—Granada.—Le agradezco en el alma lo que dice, y si no publico los trabajos que se ha servido enviar, crea usted que no será por que no me gustan y satisfagan.

N. C.—Avilés.—Creo que debe usted comprimirse, joven. Esos entusiasmos se los guarda para usted porque á la mayoría les dejan frios.

P. K. O.—Aun sin la *d* resulta un pecado mortalísimo su artificio. *Yude retro*.
J. S. C.—Palma.—No me gusta el *critério* ese. Las bromas pesadas ó no darlas. Por lo demás, señor mío, irá usted donde le venen.

A. Rizo y A. Rufino.—Santa Coloma.—Quedan ustedes para septiembre... de 2001.

J. G. R.—Barcelona.—Por esta vez, no vamos á los toros.

J. G. R.—Las *Sirenas* se quedan en tierra.

REMEDIO SEGURO É INFALIBLE CONTRA LOS CALLOS

PREPARADO POR EL
doctor LADIVONSIM

Este preparado, verdadero rey de los callicidas, no tiene rival, ni análogo, entre tantos otros como se anuncian, pues su absoluta eficacia resulta plenamente confirmada por millares de casos, sin una sola excepción. Gracias al remedio del doctor Ladivonsim podemos contar hoy con la seguridad de la *curación radical* de una dolencia que tanto molesta y aflije á la humanidad, haciendo padecer á veces seriamente. El empleo de este callicida es tan fácil como inofensivo, recomendándose además por su limpieza. La curación se obtiene en corto tiempo, de manera que no vacilamos en afirmar que cuantos lo usen por primera vez se habrán de convertir en agradecidísimos propagadores de su incomparable eficacia, como lo vienen siendo cuantos lo han empleado hasta el presente.

DE VENTA: En las principales farmacias, droguerías y zapaterías de Europa y América.

DIRECCION POSTAL: VIDAL SIMON

Calle Fomento.—BARCELONA (Clot)



TALLER DE FOTOGABADOS

de **PABLO SANTAMARIA**

Clavel, 1, Madrid

ESPECIALIDAD EN CLICHÉS COMBINADOS PARA TIRADAS EN BICOLOR, TRICOLOR Y CUATRICOLOR

PÍDASE CATALOGO ILUSTRADO



CUENTOS ESCOGIDOS

POR

VARIOS AUTORES

Ilustrados con magníficos grabados.—Un tomo en tela, 5 pesetas.



Ayuntamiento de Madrid

MC